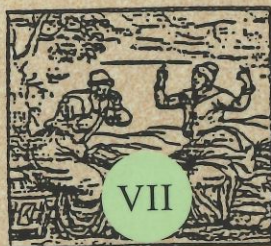


LAGUNA



REVISTA DE FILOSOFIA

*indicios*



2 0 0 0

SERVICIO DE PUBLICACIONES  
UNIVERSIDAD DE LA LAGUNA



de lo existente con lo necesario, de una trascendencia que se instaura en el presente, identificación e instauración que se derrumban en cuanto entendemos lo real como compuesto en un plano de inmanencia. Así pues, si no cedemos a las demandas de la trascendencia, ni a las exacciones de la religión, es porque no damos lo existente como definitivo, esto es, porque lo juzgamos trabajado por la virtualidad.

Siempre podemos plantearnos: ¿queda la menor posibilidad de revocar una actualización?, ¿de rechazar una actualización que nos rompe y niega? Sostenemos que sí, porque siempre hay virtualidades superiores a cualquier actualización. «El sistema más cerrado también tiene un hilo que asciende hacia lo virtual, y por el cual descende la araña» (QF: 122). Ante la actualización de un sujeto se puede apelar a su virtualidad como cuerpo; ante la de una sociedad, puede apelarse a las virtualidades críticas de sus componentes; ante la actualización del mundo, podemos apelar a su virtualidad como planeta. Llamémoslo «fe en la inmanencia», o incluso «mística optimista de la inmanencia»<sup>36</sup>. Pero mientras queden virtualidades quedará asimismo esperanza. Que lo real no coincida con lo actual, o lo que es lo mismo, que lo virtual sea real, es ya una esperanza. Lo virtual supone un rotundo rechazo a la inmutabilidad de lo existente, a la inalterabilidad de las esencias, a las esencias mismas, a la colosal ideología de la necesidad. Allí incluso donde más empeño se pone en tener a lo existente por incontestablemente consumado, persiste un momento de virtualidad que lo lleva a otra parte, que estremece la tierra bajo sus pies, que nos induce a interpretarlo de otra manera. «La representación de los fenómenos en lo *virtual* hace posible una rectificación y una amplificación de nuestras experiencias»<sup>37</sup>. Que el mundo sea composable en su inmanencia misma nos da la clave instantánea de que la virtualidad es una esperanza. A fin de cuentas, ¿no tenemos esperanza para poder vivir por encima de lo que seríamos sin ella? La esperanza (*por* inmanencia) hace de las virtualidades el perdnal profundo de la filosofía.

<sup>36</sup> Alberto Gualandi: *Deleuze*, Les Belles Lettres, Paris, 1998, p. 137.

<sup>37</sup> G.-G. Granger: *op. cit.*, p. 232.

## SOBRE LA AGONÍA DE EUROPA DE MARÍA ZAMBRANO\*

María Xosé Agra Romero

Pensar Europa. Una vez más la interrogación, incluso parece que estamos condenados a darle siempre vueltas a esta cuestión. La pregunta por Europa tuvo y tiene diversas maneras de plantearse. No obstante, desde nuestra perspectiva, la interrogación sobre Europa, pensar Europa, es antes que nada una pregunta política, y también una cuestión eminentemente filosófico-política. Desde estas coordenadas intentaremos acercarnos al pensamiento de María Zambrano<sup>1</sup>, más en concreto a su reflexión contenida en *La agonía de Europa* (1945, 1988) texto que, como veremos, se sitúa en un contexto difícil para Europa, pero que, lejos de los cantos de sirena de la decadencia o de la crisis, nos ofrece una sugerente lectura sobre su agonía así como una salida, un cambio de marcha que abre nuevas esperanzas. Ahora bien, este pequeño escrito, no muy estudiado y que casi pasa desapercibido, nos sirve de pretexto para presentar el pensamiento de una filósofa también poco atendida, al menos en España. Es el

\* Texto de la ponencia presentada en el Colóquio Internacional *Pensar a Europa*, Universidade do Minho, Braga, 10 de Diciembre de 1999.

<sup>1</sup> María Zambrano (Vélez-Málaga, 1904-1991). Fue profesora de Filosofía en Madrid antes de la Guerra Civil. En 1939 inicia el exilio. Hasta su regreso a España en 1984, vivirá en Francia, México, Cuba y Suiza. De ella nos dice Ramón Roig: Fue allá por 1966 cuando J.L. Aranguren tuvo el mérito de sacar a la luz la obra de una autora por aquel entonces en el exilio y casi desconocida en España. En aquellos momentos nos advertía: «Si los escritores españoles no fuésemos tan duros o tan indiferentes los unos para con los otros, si de verdad nos importase lo que los demás hacen por su valor objetivo, y no para elogiarles porque son amigos nuestros, o al revés, para denostarles porque no pertenecen a nuestro grupo, hace algún tiempo alguien habría estudiado, como se merece la obra de María Zambrano». Y como continua comentando Roig, en 1994, aunque la obra de Zambrano literariamente fue reconocida, recibiendo en 1981 el Premio «Príncipe de Asturias» de Comunicación y Humanidades y en 1988 el Premio «Miguel de Cervantes», uniéndose así a la lista de los grandes autores en lengua castellana, no obstante, indica que «a nivel de pensadora la realidad ha sido muy otra». Pues «sigue siendo una autora casi desconocida y poco prestigiada. Salvo honrosas excepciones la Universidad ignora su obra, y son todavía muy escasos los estudios que sobre su pensamiento se han realizado. Para una de nuestras más insignes autoras sigue cayendo la condena de la sombra». R. Roig, «Bibliografía comentada», en *Asparkia. Investigació feminista*, Monogràfic: María Zambrano, nº 3, 1994, p. 147.



testimonio de una exiliada que tras la Guerra Civil deambula por diversos países americanos y europeos, y que tiene que afrontar la Segunda Guerra Mundial. Bien es cierto que estos no son acontecimientos que dispongan al optimismo, sin embargo Zambrano se pondrá del lado de la vida, del compromiso con palabra y con el momento que le toca vivir.

Las razones de esta elección son varias. En primer lugar, el hecho de tratarse de una pensadora heterodoxa y radical (que algunos comparan con W. Benjamin), no desconocida pero sí poco citada, subsumida bajo su proximidad a Ortega, su maestro, de quien pronto se separa de forma significativa y en esto tiene que ver la filosofía y también la política<sup>2</sup>. Su separación de Ortega afecta a la razón vital. Literatura, Filosofía y Política estarán estrechamente unidas en la obra de esta autora que apuesta por la «Razón Poética», por la razón simbólica, mediadora. Y que, a pesar de las dificultades del empeño y de las adversidades de la vida, intenta mantener el hilo entre Filosofía y Poesía<sup>3</sup>. Ciertamente que no nos encontramos con una pensadora sistemática. En gene-

<sup>2</sup> Según J.L. Aranguren, María Zambrano es una «excelente discípula heterodoxa de Ortega y Gasset», constatando que nuestra autora comenzó «por distanciarse físicamente, por la fuerza de las cosas y de la guerra, de Ortega, y aunque ella siempre lo haya negado y se haya mantenido fiel al discipulado de Ortega». Para Aranguren el distanciamiento que se produce entre M. Zambrano y Ortega, y los demás orteguianos, tiene que ver con su tratamiento del lenguaje: «Bueno, la filosofía de Ortega se hizo con ideas y la filosofía poética de María Zambrano se hizo con palabras. Las palabras llegan de dentro de ella misma, pero son inseparables de las ideas, y eso creo yo que es lo verdaderamente fundamental de esta distancia entre el maestro y la discípula». En «Filosofía y poesía», *Papeles de Almagro. El pensamiento de María Zambrano*, Madrid, Zero, 1983, pp. 112-113. Aunque con diferencias, hay ciertas coincidencias con otra pensadora destacada, a saber, Hannah Arendt, discípula de Heidegger, y también con preocupación por la vida activa y la política, por el pensar. Ambas coetáneas y con un pensamiento propio que las distancia de sus maestros, exiliadas y activas políticamente.

<sup>3</sup> En 1934 María Zambrano escribe «Hacia un saber sobre el alma» en la creencia de que estaba siguiendo las coordenadas de su maestro. La reacción de Ortega ante este escrito no fue la esperada, tachándolo de falta de objetividad, como ella misma relata y nos transmite Jesús Moreno: «Me llamó a su despacho, donde me recibió de pie y me dijo 'No ha llegado usted aquí —señalándose a sí mismo— y ya se quiere ir lejos'. Algo me dijo también de la falta de 'objetividad' de mi propuesta de ir 'hacia un saber sobre el alma'. ¡Y yo que consideraba haber escrito con aquel articulillo un homenaje a su filosofía, a su 'razón vital', poniéndola al mismo compás del 'ordo amoris' de Max Scheler!. No pude responder nada, no articulé palabra ni justificación alguna —¡Cómo iba a hacerlo!—. Sólo pude echarme a llorar y así me fui, llorando, Gran Vía abajo sabiendo, eso sí, que tendría que seguir mi propio camino, y sí,irme todo lo lejos que fuese necesario. Aquel día aprendí costosamente la misma verdad que el maestro me había enseñado y que él entonces parecía desmentir con su actitud: que habría de decir mi

ral, se puede decir, su pensamiento no se deja apresar, sistematizar fácilmente. Es evidente que esto es debido a su peculiar forma de escribir, por la palabra viva, por esa tensión en su obra, en su escritura, entre pensamiento y vida. En su discurrir filosófico hallamos las resonancias de M. Scheler, Spinoza, Nietzsche, Simmel, Bergson, Heidegger, S. Agustín, de la tradición del idealismo alemán y de la fenomenología, pero también de una cierta tradición española, además de Ortega, de Séneca, Unamuno, la influencia de su propio padre Blas Zambrano y de Antonio Machado y de forma significativa la mística, S. Juan de la Cruz<sup>4</sup>.

Sin menoscabo de las posibles interpretaciones de la filosofía de María Zambrano, pero que desbordan los objetivos que aquí nos proponemos, cabe resaltar la singularidad de su pensamiento, de su manera de comprender la filosofía, como señala Elena Laurenzi: «Para ella la filosofía fue un desafío a la inercia de las cosas, a la inmovilidad de la realidad 'de facto', una hazaña apasionada, movida por la fe en el poder del pensamiento y en su capacidad para disolver las rigideces de la existencia y así abrir nuevas posibilidades y nuevos modos de ser». Indicando como uno de los rasgos «inactuales» de su personalidad filosófica, justamente, esta «práctica tenaz del pensamiento como intervención en lo real». Estamos ante una filosofía nacida en el debate, de ahí también que se trate de un pensamiento difícil de sistematizar, que no quiere ser sistema sino intervención en lo real, que da lugar a textos elaborados pero que asimismo se despliega en fragmentos, en textos «menores», en anotaciones...<sup>5</sup>, y que quizás pueda entenderse mejor como una escritura fiel a lo que la misma Zambrano

propia palabra, la mía, y dar impávidamente el rostro, sin violencia ni imposición alguna, pero, eso, sin temor. No era cuestión de 'ideas', no sólo de 'creencias', ni menos de las 'circunstancias'; se trataba de ofrecer pie y realidad a mi propia esperanza, de darle luz de amor, amor intelectual. Y de aquella no tan pequeña desolación, por sentirme malentendida y como rechazada por la razón tan misericordiosa del maestro, aprendí, sintiéndome tan sola Gran Vía abajo llena de gente, a soportar una soledad que me prometía tan grande compañía. Como sucedió. Y supe con certeza, claro está, que a pesar de aquellas palabras del maestro, yo iba a serle fiel siempre con mi saber del alma, a él, a su más exacta figura, a su 'razón vital'. Y así creo haya sido, entrando con el pensamiento en lugares donde él no se atrevió a pisar. Y precisamente eso iba diciéndome Gran Vía abajo una voz muy poderosa: 'atrévete'. En «Estudio introductorio» a María Zambrano, *Horizonte del liberalismo*, Madrid, Morata, 1996, nota 60, p. 54. También puede verse: María Zambrano, «A modo de autobiografía» y la entrevista recogida en *Anthropos. Revista de documentación científica de la cultura*, nº 70-71, marzo-abril 1987.

<sup>4</sup> Jesús Moreno Sanz destaca la influencia del islamólogo francés, y cristiano, Louis Massignon, sobre Zambrano, lo que permitiría comprender la importancia de Oriente y Occidente como polos simbólicos en la crítica cultural de Occidente de esta autora, *op. cit.*, p. 17.

<sup>5</sup> E. Laurenzi, *María Zambrano. Nacer por sí misma*, Madrid, horas y HORAS, 1995, pp. 14, 15.



nos dice: «*Hay cosas que no pueden decirse*», y esto es cierto. Pero esto que no puede decirse, es lo que se tiene que escribir»<sup>6</sup>.

Una segunda razón, y una razón fundamental, viene dada por el interés en sus escritos políticos o, en un sentido más amplio, por su filosofía política, donde la pregunta por Europa ocupa un lugar destacado. M. Zambrano, como su maestro Ortega y Gasset, de acuerdo con Javier Urdanibia, desarrolló su reflexión filosófica «*en estrecho contacto con los hechos de la vida, la historia y la política españolas. No limitó, desde luego, su actividad intelectual política a escritos de circunstancias, a una meditación 'periodística', sino que llevó a cabo una reflexión estricta de filosofía política*». Desde esta perspectiva se hace hincapié en que filosofía y política están estrechamente unidas de modo que «*hablar de la filosofía política de María Zambrano no es algo marginal o accidental, sino que es situarse inmediatamente en el centro de su producción*»<sup>7</sup>. Los escritos que recogen más propiamente su pensamiento político son: los textos de juventud hasta 1938, *Nuevo liberalismo* (en cubierta, *Horizonte del liberalismo*) —obra con la que se da a conocer nuestra autora en 1930— y los artículos publicados en la revista *Hora de España*; *La agonía de Europa* (Buenos Aires, 1945) y *Persona y democracia. La historia sacrificial* (1958). Igualmente va más allá de nuestro cometido en estas páginas, aunque no nos cabe ninguna duda sobre su interés, ofrecer un análisis pormenorizado de la filosofía política de Zambrano. Nuestro objetivo es más modesto y limitado, a saber, acercarnos a su pensamiento desde la lectura de *La agonía de Europa*<sup>8</sup>.

<sup>6</sup> Citaremos algunos de los textos más relevantes: *Los intelectuales en el drama de España* (1937); *Filosofía y Poesía* (1939); *El pensamiento vivo de Séneca* (1944); *Hacia un saber sobre el alma* (1950); *El hombre y lo divino* (1955); *Claros del bosque* (1977); *De la Aurora* (1986); *Delirio y Destino* (1951, 1989); *Persona y Democracia* (1958, 1988).

<sup>7</sup> J. Urdanibia, «La filosofía política de María Zambrano», en *Asparkia*, p. 103. O, como indica J. Moreno, toda la trayectoria política de Zambrano está estrictamente vinculada a su filosofía global: «Tanto que el compás evolutivo de las etapas de Z. se produce siempre mediante un preciso paralelismo entre la temática política y española y la más general especulativa; viniendo marcados los giros de aquella espiral por la publicación paralela de libros de una y otra temática. Y aún sirviendo los más 'políticos' y de 'crítica cultural de occidente' de impulso y aclaración de su pensar. El apego a la realidad, las circunstancias concretas sociales, políticas y culturales, al hombre 'carnal' y singular y a su enraizamiento comunitario, quedarán de manifiesto», *op. cit.*, cap. III, «Tiempo del pacto», p. 119.

<sup>8</sup> En este sentido quisieramos señalar que uno de los aspectos importantes a analizar es, precisamente, la relación entre su filosofía política, o su pensamiento político, y la filosofía de la historia, por cuanto hay autores que inciden en que obras como *La agonía de Europa* y *Persona y democracia*, «quizás puedan calificarse como de 'filosofía de la historia', sin forzar demasiado los términos», A.B. Bonilla, «La transformación del logos», en *Asparkia*, p. 15.

Una razón adicional, pero no menos importante, a nuestro modo de ver, se refiere a que esta filósofa, sin catalogarse ella misma ni ser catalogada como feminista, sin embargo, desde su propia y primera actividad política, como, después, en sus escritos, manifiesta una gran preocupación por las mujeres en general, por su situación de desventaja en la sociedad, dando cuenta de las dificultades con que se encuentran para dedicarse a la Filosofía. Su fuerte sensibilidad aparece en su escritura, ocupándose de figuras femeninas como Eloísa, Antígona y Diótima en: «Delirio de Antígona» (también «La tumba de Antígona»), «Eloísa o la existencia de la mujer» y en «Diótima de Mantinea», o en su interés por las mujeres de Galdós, por citar algunas.

Así pues abundan razones para tomar el texto de María Zambrano como pretexto para pensar Europa, desde nuestro contexto, para volver la mirada hacia nuestra tradición de pensamiento al respecto, y hacerlo de la mano de una pensadora de la que nos dirán que «no le teme ni al fuego ni al hielo» (Lezama Lima), o que pertenece a «ese orden de seres que lamentamos no encontrar más que en raras ocasiones, pero en los que no cesamos de pensar y a los que quisiéramos comprender o, cuando menos, adivinar» (Cioran).

## 1. HACIA UN NUEVO LIBERALISMO

Como ya se ha apuntado, María Zambrano, al igual que su maestro Ortega<sup>9</sup>, desarrolla su reflexión filosófica al hilo de los acontecimientos, y participando activamente, de la historia y la política españolas. En sus primeros escritos, tanto en los más políticos como en los más especulativos, se deja sentir la huella de su maestro aunque también ciertas diferencias. Zambrano va a adoptar posiciones más radicales en lo que afecta al liberalismo, a los problemas económicos y sociales, comprometiéndose asimismo con una política de izquierdas. En este sentido conviene destacar, de acuerdo con J. Moreno, que nuestra autora se estrena como pensadora con un libro político «muy poco convencional» y que va a estar en la base de su primer impulso a filosofar. Así, refiriéndose a *Horizonte del Liberalismo* (1930) sostiene que «fue la raíz comunicativa de su filosofar la que hizo que saliera a la palestra pública con una reflexión sobre la política. Cosa que seguirá haciendo en cada hito o nueva etapa de su vida»<sup>10</sup>. En este escrito la joven y activa María Zambrano defiende la necesidad de una especie de tercera vía o revolución que supone el rechazo de la economía liberal, del liberalismo capitalista y burgués en aras de la justicia social, mas considera que del liberalismo hay que recoger lo mejor, esto es, la libertad en el terreno de la cultura, la

<sup>9</sup> Sobre la relación entre política y filosofía en Ortega puede verse «Ortega, política y fenomenología», en J. San Martín (ed.), *Ortega y la fenomenología*, Madrid, UNED, 1992, pp. 257-276.

<sup>10</sup> *Op. cit.*, pp. 116 y 119.



libertad de pensar, de investigar y enseñar (intentando conjurar, al mismo tiempo, los peligros del igualitarismo y del materialismo histórico).

La crítica al individualismo burgués y al liberalismo económico van a ser una constante, como también su confrontación con el marxismo. Sin perder el horizonte de la necesidad de justicia social y política se introducirá en la búsqueda de las condiciones humanas, de la «condición humana», que no de la «Humanidad», término del que no gusta, para ver de encontrar una salida a la crisis de occidente que no puede ser más que poder comenzar a hablar de democracia, libertad, solidaridad. Lo que resulta, a nuestro entender, interesante de este primer escrito político, teniendo en cuenta que se trata de un libro primerizo, es que, quizás, por eso mismo nos muestra el sentido de su interrogar o, incluso, el sentido mismo del interrogar, a saber, la interrogación por la raíz y la originariedad de la política, marcando ciertas distancias respecto de Ortega, y propiciando el inicio de una fructífera andadura propia en la política y en la filosofía<sup>11</sup>.

El contexto de estas reflexiones, naturalmente, es España y su historia trágica, mas M. Zambrano entenderá que se abre una esperanza, una aurora, una renaciente utopía, un tiempo propicio para un proyecto común, de apertura y libertad, de democracia, en el que habría lugar para todas las diferencias, tiempo, pues, de lucidez y de esperanza. En los escritos políticos anteriores al exilio se hace hincapié en la necesaria «reforma del entendimiento», en el compromiso con el tiempo histórico, frente a la neutralidad y a la abstracción, ideas que conforman en gran medida el proyecto que se refleja en la revista *Hora de España* y que auna en un mismo movimiento, como sostiene Urdanibia, el compromiso histórico y el proyecto de reforma del entendi-

<sup>11</sup> Libro dedicado a su padre «porque me enseñó a mirar» y en el que se advierte al lector de que no es un trabajo de investigación sino que «se trata sólo de un pensamiento muy espontáneo, nacido ante la angustia de los grandes problemas que insistentemente llamaban a mi sensibilidad y de los que mi atención no ha podido, ni podrá en mucho tiempo libertarse». Así leemos nada más comenzar los temas de los que se ocupa: «Subterráneamente, bajo los pensamientos que aquí se exponen, vibran unas cuantas preguntas, única realidad tal vez de todo ello. Algunas es posible que sean de tan huidiza condición, que, al intentar atraparlas, se nos escapen río debajo de la subconsciencia. Señalaremos, empero, las que se nos figura tener en términos claros y precisos.

¿Qué es la política? ¿De qué raíz emana?

¿Qué significa la política frente a la vida: la sigue, o la detiene? ¿la afirma, o la niega? (Política conservadora y política revolucionaria)

¿Qué papel tiene la política en los distintos modos que existen de enfrentarse con la vida? La política y la concepción humanista de la vida (el Liberalismo).

¿Qué valor puede tener la política en los momentos actuales? ¿Puede resolver algún problema de los que hay planteados? El problema económico y la cultura. ¿Es posible una política que salve a los dos?».

miento<sup>12</sup>. Pero si la proclamación de la República el 14 de abril de 1931 condensaba toda esperanza y hacía renacer la utopía, la guerra civil pronto las truncará y llevará a Zambrano a un largo exilio. La guerra civil no solo rompe la posibilidad de europeizar España, también produce una profunda herida<sup>13</sup>.

## 2. LA AGONÍA DE EUROPA

Pasando al texto y al tema que aquí nos ocupa, hay que señalar, en primer lugar, que «La agonía de Europa» aparece como artículo en 1940 y tomará forma de pequeño libro en 1945<sup>14</sup>. Estamos ante un texto importante, tanto desde la perspectiva de la filosofía política de nuestra autora como del discurrir posterior de su pensamiento, en el que se presenta una meditación crítica sobre la cultura occidental que, para algunos, aún no ha perdido vigencia<sup>15</sup>. Al igual que respecto de *Horizonte del Liberalismo*, Zambrano mostrará ciertas reservas en relación con este escrito. Si al primero lo va a ver como un poco precipitado, al segundo, como explícita en la Advertencia que aparece en la reedición de 1988, le confiere un carácter de «testimonio», de cierta «obra

<sup>12</sup> Esta revista se editó en Valencia desde 1927 a 1938 quedando el nº 23 pendiente hasta 1974. M. Zambrano tiene 13 colaboraciones, la primera a los 23 años en el nº 4. En esta revista colaboran entre otros R. Alberti, A. Machado, J. Bergamín. En relación con las colaboraciones en esta revista y la diferencia entre Ortega y Zambrano véase el artículo citado de Urdanibia.

<sup>13</sup> Como comenta Roig: «De esta herida sangrante nació en 1937 *Los intelectuales en el drama de España* y toda una serie de artículos recogidos en sus *Ensayos y Notas*, donde se analiza las causas de la tragedia que Europa y España estaban viviendo. Sin rastro de amargura, y sin apasionamiento alguno, nos señala cómo la separación que se ha producido entre las ideas y la vida ha situado a la razón europea al borde de, si no en, la locura. Y es que, según ella observa: «las ideas han dejado de ser para la vida, y la vida ha llegado a ser para las ideas». Europa y España han perdido su sitio en la historia, Europa al vender su alma a la idea, España al no poder encontrar desde hace siglos la reconciliación consigo misma». Art. cit., pp. 148-149.

<sup>14</sup> Siendo, por tanto, este texto varios años anterior a la *Meditación de Europa* de Ortega que aparece en 1949. No vamos, sin embargo, a hacer un análisis comparativo de los dos, pues va más allá de nuestro objetivo.

<sup>15</sup> Así, Urdanibia señala que es «un texto decisivo para entender la filosofía política de María Zambrano en la unión indisoluble de epistemología 'realista', 'materialista' y ética de la convivencia», art. cit., p. 111. A.B. Bonilla, quien afirma que «nada impide que hoy, en la cultura planetaria que nos domina, sea aprehendida la mayor parte de los rasgos esenciales que ella bosquejó», sostiene que a partir de este texto se encontrarán ya «los varios 'motivos' del decir zambrano: la palabra, la historia, el *hombre* y lo sagrado, la construcción de la persona, el logos, los diversos tipos de razón, el nacimiento, la filiación y la paternidad, la patria...», art. cit., pp. 14 y 15.



póstuma» al estilo de los «fragmentos» de Kierkegaard. Remitiéndose al momento en que lo escribe, al verano de 1940, en una situación trágica, en una situación de «angustia» por el desencadenamiento de la guerra europea y la invasión nazi de París, donde están residiendo su madre y su hermana. La angustia por su propia madre, y por la madre Europa, en *Delirio y Destino. Los veinte años de una española*, se expresa así:

De dónde la Guerra Civil, de qué crimen espantoso nace, de qué locura? Es la locura de la madre que enloquece a los hijos. ¿Es el crimen de los hijos que enloquece a la madre? Ella sabía de Guerras Civiles algo; no se había extinguido la suya, no ¡todavía! Y ahora Europa siguiendo el mismo destino, la misma fatalidad, le despertaba en el pecho la pregunta: ¿de dónde la Guerra Civil? ¿Será la última? Quizá la última, la inevitable o la inevitable simplemente, para llegar a la unidad?<sup>16</sup>

Hoy sabemos que no, que no será la última. Mas Zambrano nos refiere su perplejidad y angustia como hija, como europea, y cómo «empezó así a sentir lo que es una agonía» la de su madre y la de Europa misma, su madre en la historia, su patria irrenunciable. Pero qué significa agonía: «*Agonizar es no poder morir a causa de la esperanza*»<sup>17</sup>. Ante la tragedia europea exclama «¡Otra vez a esperar!». Para ella la esperanza es el sentir originario, el conatus, la conformación humana de la realidad, una manera de ansia vital. Hay que esperar, pues, que Europa renazca y para eso es preciso saber las causas de su agonía, del diagnóstico dependerá el pronóstico.

Su reflexión sobre la agonía de Europa comienza constatando que «desde hace bastantes años se repite: Europa está en decadencia. Ahora ya no parece necesario el decirlo» y no parece necesario decirlo expresamente, denuncia Zambrano, porque se adopta una forma de divulgación humillante, la que corresponde a un secreto a voces. Constatando que los tiempos de desastre muestran crudamente la realidad. El resentimiento, el culto al éxito son parte de las causas de la agonía pero no dan cuenta de todo. El Naturalismo que se impone frente al heroico idealismo y el Liberalismo progresista van a contribuir de modo decisivo a enredar al pensamiento europeo hasta dar rienda suelta al terror, al miedo y a la confianza. La crítica al Naturalismo arranca de la idea de que el hombre europeo, desde Grecia, no se ha dejado influenciar por los hechos, por la servidumbre a los hechos, a lo dado, a lo inmediato: «La genialidad de Europa parecía consistir, en gran parte, en la capacidad de desasimiento de la realidad» (p. 11). Ahora no se va en busca de la verdad, se pierde el poder de abstracción, impe-

<sup>16</sup> Madrid, Mondadori, 1989, p. 243. Como bien indica R. Roig, Zambrano nunca quiso «hacer literatura para evitar que su 'ser propio' saliera a la luz. Su vocación era fundamentalmente filosófica... En *Delirio y Destino*, es una de las escasas veces en que nos habla de sí misma», art. cit., p. 152.

<sup>17</sup> *Ibid.*, pp. 243-244.

ran los hechos y la pasividad que produce un «combate material y bárbaro», ya que, nos dice: «*Falta el heroísmo mejor. Y en este instante de bélico desate, falta la agresividad más fecunda y noble, la de no aceptar, sin más, el empuje de lo que nos viene de afuera*» (p.12). El dominio de la naturaleza, el monstruo de la naturaleza estaba paralizado, la Ciencia se va afirmando, llenando al hombre europeo de fatuidad, de excesiva confianza en el mundo, de vanidad.

Tras el monstruo de la naturaleza surge otro aún más pavoroso: el nuevo monstruo de lo social, dotado de vida misteriosa, puesto que es vida humana, y para el que no se tiene el suficiente conocimiento para dominarlo. El liberalismo progresista, a juicio de Zambrano, no sólo es cómplice del naturalismo sino que va a dar un paso más, pues si éste genera una confianza fatal hacia la naturaleza, aquel hará lo mismo respecto de la naturaleza humana. Ni el liberalismo, ni sus oponentes, supieron poner al descubierto aquello que le era propio: la defensa de la libertad de la persona. Así, Europa va cayendo en el terror y en la confianza, traicionando su propia *esencia*: la de la creación. Pasando de la ingenuidad más optimista al terror, que se va apoderando de todos los resortes vitales y, muy especialmente, después de la guerra del catorce, hasta convertirla en una *mortal quietud*, en un pantano, en el que sólo queda un *fangoso escepticismo*. El coste a pagar es alto. Enredándose en sus victorias, el pensamiento europeo daña sus propias raíces, traiciona sus principios. Se paraliza lo mejor del hombre: «*encontrar tras la inmediatez pavorosa de los hechos, las razones y sinrazones. Desenmascarar a los monstruos que nos acometen: única manera de ir haciendo el mundo noble y habitable*» (p. 16). El instalarse en la simplicidad y en la transparencia natural de las cosas desarmar al pensamiento ante las nuevas máscaras que esconden el «más negro vacío». Las últimas creaciones europeas (pintura, literatura, filosofía) son obras de destrucción, de desesperación, no son construcciones, y muestran la «agonía». Confesiones de un agonizante a quien la muerte no le llega. Para Zambrano, no obstante, siempre queda el amor, que no se resigna y sigue preguntándose si realmente se puede decir que murió Europa, que murió esa tradición, esa realidad histórica de vida y de cultura. Es preciso, pues, indagar *¿qué es, qué fue de Europa?* antes de extender un acta de defunción.

La radicalidad de la pregunta nos encamina hacia aquello que es irrenunciable. Zambrano no opta por la nostalgia ni por la vuelta al pasado, como otros parecen sugerir. Tampoco la búsqueda de la unidad que la evocación y la nostalgia hacen aparecer. Ya que la unidad lleva a la sospecha de que realmente murió y, para ella, mientras hay vida hay dispersión, hay contradicción. Es tiempo de dolorosa lucidez. Sin certeza sobre eso que sea el genérico europeo, sobre eso que nos hace sentir a Europa como una gran unidad. El testimonio de su filialidad la conduce a afirmar que la evocación funciona, y que lo que se nos aparece es la «riqueza de forma, o, si se quiere, de estilo de vida europea». La capacidad y levedad de estilos, la fragilidad de las formas, método y cambio, constituyen lo irrenunciable por cuanto «*En su cambio incesante estaba el principio de conservación. La fragilidad garantizaba la persistencia, la multiplicidad de tanta vida y destrucción y aun de tanto nacimiento malogrado, la perenne disciplina de la vida. Nunca hubo el temor de que ésta quedara desamparada*» (p. 23).



No, cualquier tiempo pasado no fue mejor. La unidad conduce a la multiplicidad, a la pluralidad, y de nuevo, dice Zambrano, la unidad aparece como problema, la evocación y la nostalgia no lo resuelven. Lo que mantiene el angustioso anhelo, lo que tiene de irrenunciable la esencia de Europa, es también lo que hará posible su resurrección: «Europa no ha muerto, Europa no puede morir del todo; agoniza» (p. 26). Europa está condenada a agonizar pero también a renacer de sus cenizas.

Tras este diagnóstico indaga sobre la tragedia, sobre la violencia europea, una violencia de raíz que afecta a todos los aspectos de la vida europea. Así se aborda la cuestión del origen de la violencia, en la convicción de que eso es lo mismo que preguntarse por los orígenes de Europa y «por la substancia de la vida europea». El origen de la violencia está vinculado a lo que es al mismo tiempo su objeto de adoración, de fanatismo e idolatría, aunque se dirija a la verdad. Deteniéndose en el Dios europeo, en la mediación filosófica, en la violencia en la historia, Zambrano parte de que Europa no es Grecia, no hereda sus dioses. El Dios europeo es el del «pueblo elegido», el de la creación, activo y violento que hace salir el mundo de la nada. Un Dios que, sin embargo, pierde al hombre, el hombre sale del paraíso, y le dice «sereis como dioses». Esta salida, esta pérdida, supone en el hombre la ansia creadora, el ser dueño y Dios de un mundo que él no creó. La tradición europea es, afirma, la del triunfo del Cristianismo. Actividad, creación, que contrasta con las religiones orientales que, al contrario, apuestan por la huida del mundo.

S. Agustín<sup>18</sup> —y la Confesión— será quien haga posible el tránsito de la cultura antigua a la nueva cultura: «debajo de ese culto a la creación, está la idea que el hombre se ha hecho acerca de sí mismo como criatura que puede crear y, bajo la idea, su soledad lanzada hacia la creación; la creación de su mundo, desde la soledad en que cayó a la salida del Paraíso» (p. 33). Europa aparece, desde estas coordenadas, como una cultura en la que toma cuerpo el frenesí de la creación. Mas es la mediación de la filosofía lo que resalta. Es el filósofo el que puede tomar partido por el hombre ya que «el esfuerzo mayor de la Filosofía ha sido siempre el de neutralizar los efectos de los dioses. De ahí que las mujeres no hayan solido dedicarse a ella, pues la mujer ha sido siempre la esclava de Dios y de los Dioses y jamás se hubiera atrevido a tomar el partido del hombre» (p. 34). La mediación filosófica —Agustín, Tomás de Aquino— traduce el pensamiento de Platón y Aristóteles y así la filosofía griega se incorpora a la Iglesia católica. Se reduce la violencia divina, el hombre pasa de ser el esclavo de los dioses a

<sup>18</sup> Agustín es un referente ineludible en el pensamiento de nuestra autora. En 1943 publica *La Confesión, género literario y método*. Sobre esta obra comenta R. Roig: «En este género de la confesión empezó San Agustín a sintetizar sus creencias cristianas, con sus ideas sobre la filosofía griega. De esta síntesis nació, para María Zambrano, la idea de Europa. La confesión es el grito silencioso de quien, queriendo callar, tiene la necesidad de decir. Por ello se sitúa en un tiempo determinado y muestra un alma desnuda. La confesión es la mostración del alma que quiere reconciliarse consigo misma saliendo a la luz», art. cit., p. 150.

tener un Dios esclavo, mas es un Dios que pide ser devorado, que toma la figura de un hombre. Zambrano señala que «se había ganado una terrible victoria; el hombre podía permanecer en el mundo y en sí» (p. 36). Con Lutero el orden griego será aniquilado, la mediación católica vuelve a afirmar la realidad humana, a tomar partido por el hombre. No obstante la violencia humana estaba ya ahí, la mediación católico-griega fue un *milagro* sobre su propio abismo. A partir de ahí se va a desencadenar la violencia mayor que imaginarse pueda, esto es, la violencia en la historia. El hombre europeo quiso fundar su historia, su propia creación, no se resigna como acontece en las religiones orientales o incluso en Grecia donde no hay, dice Zambrano, lugar para la historia humana: la salvación por el conocimiento en Platón o la vida contemplativa de Aristóteles son una suerte de resignación y negación de la historia, como también lo es el estoicismo.

La religión del Dios creador da lugar a una rebeldía que inicia la historia. La salida del Paraíso da curso, no a la resignación, sino a la queja humana. Agustín recoge esta tradición: tiene que pensar en la historia del hombre, engendrada por una terrible rebeldía. El cristianismo da lugar a la esperanza en lo imposible. La historia deviene, pues, hija de la mayor violencia, afirmación y glorificación de la miseria humana. Citando a Quevedo, haciendo referencia así a las peculiaridades de la cultura española y a sus profundas raíces europeas, nos dice «el hombre es polvo y ceniza, pero estas cenizas tienen sentido» (p. 40). La muerte, el amor insaciable, la violencia del hombre que no se conforma con la vida, con la inmortalidad. La violencia europea en la historia se presenta, según nuestra autora, como una *íntima esencia religiosa* en la que el hombre se muestra irreductible a la naturaleza, a la divinidad, al tiempo. Es la historia de la desesperación humana pues el hombre tiene que, dado que es ceniza y polvo, crearse su mundo al igual que hizo Dios cuando estaba solo. La violencia también forma parte del conocimiento, de la ciencia y de la filosofía, así:

Mas en Europa es método, sistema. Violencia del conocimiento en la Filosofía y en la Ciencia. De una Filosofía cada vez más violenta y menos misericordiosa en su cerrada forma sistemática. De la ciencia con todos sus métodos cada vez más implacables. Y a su compás la acción, la acción ya sin máscara, el anhelo de hacerse del todo un mundo. Hacerse un mundo, es el anhelo más íntimo y ferviente del europeo, un mundo desde su nada. Bajo el afán de justicia y aun de felicidad se ha llamado Revolución. Se ha llamado a veces, nostalgia del Paraíso Perdido. Y no es sino afirmación del momento, del eterno momento: «Sereis como dioses» (p. 41-2).

Recurrentemente, nuestra autora, en esta y en otras obras, incide en la característica de la violencia del existir: «Pues el delito mayor del hombre es haber nacido»<sup>19</sup>.

<sup>19</sup> M. Zambrano utiliza la conocida frase de Segismundo en *La vida es sueño* de Calderón. A propósito de «Adsum», la destacada introducción de *Delirio y Destino* donde se incide en esta



No obstante rechaza el nihilismo que se desprende del mismo, y también, como se indicaba, el estoicismo (el europeo estoico, dice, es el europeo conservador) y el quietismo de ciertas religiones. La salida viene del lado de la esperanza y de la misericordia, puesto que, entiende, la religión de Europa no ha sido sino una versión del cristianismo.

La esperanza surge del deseo, de la necesidad de renacimiento que caracteriza, a su juicio, al hombre europeo. Zambrano considera que el recurso al «estado de naturaleza» no es más que una utopía, tampoco comparte la idea de Rousseau del «hombre natural». El hombre en el estado de naturaleza nunca existió, siempre encontramos cultura, la razón está en que el hombre no se conforma con nacer una sola vez: «necesita ser reengendrado», de ahí la cultura, ese constante renacer. El hombre busca y no encuentra ese ser *entero y acabado*. Todas las culturas realizadas, insiste, y aun las utopías son *ensayos de ser*. Una vez más caracteriza a Occidente, las culturas orientales buscan el desnacimiento, Europa el renacimiento. La esperanza de renacer aquí en la tierra, en este mundo, incluso cuando está soñando con otro: «*El protagonista europeo, pues, el sujeto de su vida histórica, de su cultura, ha estado engendrado por una lúcida esperanza. Esperanza que le ha hecho habitante de la más rara manera que haya podido darse*» (p. 46). El nacimiento de Europa, de ese sujeto protagonista y de la esperanza, vuelve a llevarnos de la mano de Zambrano a Agustín y al cambio que se produce a la salida del mundo antiguo: la esperanza del nuevo nacimiento. Agustín es ahora nombrado como Primer Padre, como el padre de Europa y protagonista de la vida europea. En *Las Confesiones* toma cuerpo la *transmutación de esperanzas y desesperaciones* lo que, dicho de otra manera, significa una cultura humana. Si el sistema de esperanzas y desesperaciones se enreda, se retuerce, entonces deviene la agonía del hombre, que no sabe qué esperar. Con Agustín tenemos ya al *hombre nuevo* y la esperanza, sin que se produzca una ruptura con la esperanza antigua.

M. Zambrano se opone de manera abierta a los intentos de mirar hacia Grecia con nostalgia. No, cualquier tiempo pasado no fue mejor. De igual modo cuestiona aquella posición que proyecta en el pasado sus carencias. Su visión parte de que en Grecia se daba un pesimismo existencial, donde su ansia de razón, y no la vocación para la vida, lleva a los griegos a descubrir la inmortalidad, a descubrir el Ser. Ser que es contrario en cierto modo a la vida. Su esperanza radicaba en la razón y la filosofía se convierte en el camino de la salvación. La esperanza cristiana, sin embargo, responde a otra desesperación, no se basa en la razón. La razón, según nuestra autora, no fue capaz de

idea, nos dice R. Roig: «María se había dado cuenta, quizás leyendo a Miguel de Unamuno y en sintonía con el mundo clásico, que la vida es trágica, que no hay forma de escapar a nuestra realidad; y así nos señala, parafraseando a los trágicos antiguos, que 'la tragedia única es haber nacido. Pues nacer es pretender hacer real el sueño. Nacer es realizar o pretender realizar el sueño de nuestros padres; el sueño de Dios inicialmente'», art. cit., p. 152.

engendrar al hombre nuevamente y afirma que «*la crisis del mundo antiguo, bien puede llamarse la impotencia de la Filosofía... Por el momento los filósofos no podían ser padres*» (52-53). Agustín será el Primer padre, el portador de la nueva revelación. La vida, sostiene, tiene que sernos revelada ya que no estamos acabados de hacer. La novedad, lo nuevo, la revelación, abre el camino a la transparencia del corazón (lejos, entendemos, del hombre natural rousseauiano), restaura la dignidad perdida, aquella dignidad que consiste en ser sujeto de su vida. Zambrano apuesta por la vida, por el ser del que la vida es posibilidad, el conato (Spinoza está presente, pero no su excesivo racionalismo que la autora critica). En este contexto toma sentido la *Confesión* ya que «más que ningún otro género literario, muestra lo que la vida tiene de camino, de tránsito entre aquel que nos encontramos siendo y el otro hacia el que vamos» (p. 54). Es el género apropiado para la revelación de la vida, del saber acerca de sí, del saber que es necesario si queremos nacer nuevamente. Esa confesión que se desenvuelve como una suerte de diálogo interior que revela el camino entre los dos yos.

El hombre europeo, se nos presenta, como dos: el yo en la sombra y el de los sueños. Lograr la unidad en la transparencia es posible en esos momentos en los que parece que *de veras vivimos y somos*. Conviene hacer alusión a que son los momentos históricos y no las generaciones orteguianas los que dan cuenta del cambio histórico. El momento histórico puede ser una señal de agotamiento de una época, de la ruptura de un período, donde aparece algo verdaderamente inédito o semiolvidado, u olvidado totalmente. La revelación se produce *en el momento histórico*, y aunque sea meramente humana, tiene que encarnarse, corporeizarse para que realmente modifique algo, por más que se dé de forma intemporal o supra-temporal. Zambrano emprende la tarea de buscar el núcleo íntimo que le da significado al naciente momento histórico.

Volviendo sobre el hombre, la mayor necesidad, biológica y psicológica, es *sentir, alguna vez que coincidimos con nosotros mismos*. En definitiva, el hombre es conflicto. Desde aquí se expresa la idea fundamental, lo que constituye el núcleo del hombre nuevo, a saber, la interioridad, que tiene su origen en la persona cristiana (no deriva del estoicismo, puesto que está sujeto a límite y medida) en la que la verdad está en su interior: «*Ser hombre es poseer esta interioridad que lo trasciende todo, esta interioridad inabarcable*» (p. 57). La revelación, la confesión adquieren, entonces, pleno sentido. Agustín, además, introduce el amor, el corazón y Zambrano incide en lo anticlásico que resulta que la verdad penetre en «cavidad tan oscura como el corazón humano», manifestando que esto es posible porque Agustín además de ser cristiano es africano, acercando a Europa la sabiduría de la olvidada y relegada África. Viene a nutrir a Europa con la sabiduría de este olvidado continente. La oscuridad del corazón da cuenta del conflicto interior en el que vive el hombre, de la incapacidad de distinguir entre aquel que se quiere ser y aquel del que se huye. Conflicto interior propio de un vivir entre dos mundos. Y así, la ansia histórica del hombre deviene exigencia revolucionaria de una ciudad ideal, queriendo, de un lado, substantivizar los sueños, pero sabiendo, de otro, que se trata de algo inalcanzable.

El discurrir de Zambrano no se detiene, ni propone una retirada al hombre interior, se hace cargo de la necesidad de construcción de la ciudad, y de la tensión y el



conflicto. La conciencia humana y la convivencia humana están interrelacionadas, se dan en una multiplicidad de tiempos —la historia no es lineal sino en esencia discontinua, el tiempo tiene muchas dimensiones y planos—. Desde la perspectiva argumentativa adoptada en el texto que comentamos, la historia no es, no puede ser, más que la historia de un fracaso, en el que lo que propiamente tiene valor es el hombre que la impulsa, la esperanza que lo mueve y que mueve la historia, por más que sea irrealizable. Agustín es una vez más el referente: la Ciudad de Dios, paradigma de todas las ciudades y de la cultura europea, la Ciudad eterna que el europeo quiere edificar aquí abajo. En la revolución como idea se encuentra el fruto del querer construir la Ciudad de Dios en el mundo. Esta es la raíz, según Zambrano, de todos los «imposibles anhelos que llevaron a Europa a vivir en agonía, en muerte y resurrección». No sorprende, pues, que acabe su escrito resaltando que la más grave enfermedad europea es la traición a su utopismo revolucionario de la resurrección:

Enfermedad que bajo la aparente energía oculta la desgana, la fatiga de seguir viviendo en tensión, en la tensión idealista del habitante de dos mundos. La fatiga de este consubstancial idealismo puede llamarse pragmáticamente, necesidad de «éxito» inmediato, de destruir el horizonte para que todo esté al alcance de la mano; embriaguez que haga olvidar la distancia insalvable entre las dos ciudades, la de Dios siempre en el horizonte, y la de la tierra, siempre en edificación, que anule también la diferencia entre los dos hombres, entre el hombre concreto y el siempre naciente «hombre nuevo». La anulación totalitaria de la distancia, de la distinción entre «el bien que quiero y el mal que hago». Barbarie monista, falsificada mística que suplanta a la permanente esperanza de resurrección y a la consubstancial utopía creadora. Cansancio de la lucidez y del amor a lo imposible y abandono del saber más peculiar del hombre europeo: el saber vivir en el fracaso (p. 64-65).

Y nos viene a la cabeza su definición de utopía en *Filosofía e Poesía*: «Entiendo por Utopía la belleza irrenunciable, y aún la espada del destino de un ángel que nos conduce hacia aquello que sabemos imposible».

Yendo hacia una reflexión final, señalaremos, que la concepción de la historia, de la política, y del vivir con plena responsabilidad ética el momento histórico que a uno le toca «en el tiempo» es algo ineludible para Zambrano. Tras su crítica a la racionalidad, a la modernidad, tras su crítica cultural y política de Europa y Occidente, encontramos un pensamiento vivo que considera que «los instantes de lucidez» liberan la fatalidad, son instantes que se dan tanto en la conciencia personal como en una historia no «criminal», no «sacrificial». Pero asimismo trasmite la idea de que la historia debe dejar de ser el lugar exclusivo del afán absoluto, racionalizador y realizador de las esperanzas, abriendo un espacio para «algo más que la historia y la política», es decir, la vía espiritual, creadora, mística, pero de una conciencia «lúcida y despierta», condiciones vitales de una política de la libertad, en el tiempo que nos toca vivir. Condiciones éticas y ontológicas que harán posible el abandono del «sacrificio», más allá del liberalismo, del neoliberalismo y del conservadurismo, pues Zambrano apuesta

por una vía ética y política, también, como desarrolla en *Persona y Democracia* (1958). En el prólogo de 1987, nos dice:

«La crisis de Occidente» ya no ha lugar apenas. No hay crisis, lo que hay más que nunca es orfandad. Oscuros dioses han tomado el lugar de la luminosa claridad, aquella que se presentaba ofreciendo a la historia, al mundo, como el cumplimiento, el término de la historia sacrificial. Hoy no se ve ya el sacrificio: la historia se nos ha tornado en un lugar indiferente donde cualquier acontecimiento puede tener lugar con la misma vigencia y los mismos derechos que un Dios absoluto que no permite la más leve discusión.

Bajo el pesimismo profundamente humano que desprende María Zambrano hallamos el latido infatigable de una conciencia lúcida y despierta, su vitalismo que acompaña, no a la irracionalidad, sino al desarrollo de una razón poética, mediadora y a una historia ética. Por eso en el mismo texto del Prólogo antes citado afirma que «Hay que esperar, sí, o más bien no hay que desesperar de que esto pueda suceder en este planeta tan chiquito, en un espacio que se mide por años luz, que se repita el 'fiat lux'. [...] De que un triunfo glorioso de la Vida en este pequeño lugar se dé nuevamente».

Volviendo sobre la agonía de Europa, como subraya Alcira B. Bonilla, un único deber aparece en el horizonte, esto es, el de la resurrección europea<sup>20</sup>. Ahora bien, la resurrección sólo puede darse de la mano de la recuperación de la persona humana, esa realidad radical irreductible, esa novedad que abre la esperanza a que la historia deje de ser trágica para ser ética, y que requiere comenzar por una «transformación del logos». El renacimiento pivota pues sobre la Persona y la Democracia, sólo así podrá hacerse el mundo más noble y habitable, frente al absolutismo de la razón, al sacrificio, al éxito. Hacer el mundo más noble y habitable, desenmascarar los monstruos que nos acometen, al hilo del decir y sentir de María Zambrano, nos lleva a pensar y a construir Europa como ciudad abierta, libre y democrática, y por lo mismo a reflexionar sobre economía y cultura, y sobre la política.

<sup>20</sup> Art. cit., p. 17.